

Vidyā

Mayo 2013



SUMARIO

La comprensión

El discípulo y el yo

Comprender la mente

El deseo

Periódico trimestral: Año III, N° 10 - Mayo 2013
Expedición previa suscripción gratuita.
Dirección y Redacción: Āśram Vidyā España, Madrid.
Correo electrónico: vidya@asramvidya.es
© Vidyā. Roma

Publicación no comercial

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial en ningún tipo de medio físico o virtual sin previo consentimiento expreso por escrito por parte del editor.

LA COMPRENSIÓN

Ésta que proponemos no debería ser una simple lectura, sino una “lectura en movimiento” que puede conducirnos a un efectivo resultado en la medida del empeño que hayamos puesto.

Debemos comenzar por asegurarnos unos minutos de total tranquilidad. Quien esté dispuesto a empeñarse en este pequeño esfuerzo podrá experimentar con su propia conciencia todo lo que aquí se ofrece, obteniendo así una base más sólida para proseguir su camino. Siendo cierto que son muchas las cosas difíciles de comprender para quien emprende un *opus* realizador, esta dificultad puede desaparecer si se comprende el significado de la propia palabra “comprensión” y el mecanismo preciso en que se basa. Comprendido este término, ¿qué otra dificultad en el aprendizaje podrá detener ya al buscador? Él, en verdad, tiene la llave para abrir muchas puertas.

Vale la pena, por tanto, tomar la decisión de llevar a cabo, de verdad, este esfuerzo, pues da un gran resultado.

Será útil seguir un sistema de reflexión meditativa, del que trataremos de presentar un esbozo. Abandonémonos al hilo que nos guía, identificándonos totalmente con él. Conseguiremos así encontrarnos, en el momento oportuno, en la condición de profunda concentración, necesaria para realizar con la conciencia el correspondiente pasaje.

El término comprensión –como todos los demás términos usados en la Enseñanza– podría llevarnos a engaño, y esto ocurre, en efecto, porque estamos convencidos de que conocemos ya su significado y, en consecuencia, no parece tener sentido perder tiempo en profundizar en ello. Éste es un error en el que caemos muy a menudo durante el aprendizaje.

Ya en este punto, la mente quizá nos sugiera, impaciente y aburrida, avanzar. La mente tiene razones para comportarse así, y las tiene también para estar aburrida, porque puede ser totalmente verdad que la mente conozca el significado literal del término comprensión. Así, en este punto, ella ha hecho ya todo lo que podía. Pero, precisamente por esto, esta reflexión meditativa no debe dirigirse a la mente concreta: esta reflexión está dirigida únicamente a la mente superior, a la conciencia.

Pero hay algo que podemos hacer por la mente concreta, antes de proceder: explicarle afectuosamente que, precisamente porque ella ha alcanzado lo máximo dentro de los límites de sus posibilidades, ahora le pedimos que realice lo que podría considerarse como su obra maestra, bastante difícil –incluso muy difícil–, pero importante: detenerse por un momento tratando de alcanzar la inmovilidad; callar un poco, quedando disponible en silencio activo.

No es necesario interrumpir [el proceso] para ofrecerle este discurso a la mente, ya se lo hemos dado mientras leíamos, siempre que lo hayamos hecho del modo justo, con total participación.

Continuemos diciendo a la mente que elimine durante un tiempo las ventanas externas por las que se dispersa en

todas direcciones, que se vuelva hacia el interior, donde ocurrirá algo importante, que mire y, podríamos decir, que abra los oídos hacia nuestra verdadera naturaleza, Presencia-Consciencia continua, y que atienda así, profundamente atenta, a las posibles comunicaciones que le puedan llegar.

Éste es un trabajo que puede ser confiado a la mente y, nosotros, de hecho, ahora, ya se lo hemos confiado. Con la mente en silencio activo, en calmada espera, el canal se abre a lo alto, a las regiones superiores de la mente, con las que deberemos hacer un verdadero trabajo. La mente concreta no deberá intervenir, pues tiene el único deber de atender, inmóvil y silenciosa.

De lo alto nos llegará algo. La conciencia realizará un pasaje. Mantengamos abierto el canal. El fruto del trabajo que se lleva a cabo en los niveles superiores descenderá para imprimirse en la mente atenta. Y nosotros comprenderemos.

Estemos ahora completamente atentos. El mecanismo se ha activado. Ahora, pensemos en el término que queremos comprender: *Comprensión*. Es un verdadero movimiento el que debe producirse, como de hecho está produciéndose: desde lo bajo se lanza una petición, desde lo alto desciende. Es un efectivo pasaje en el que está implicada la consciencia y, cuando suceda, yo estaré, precisamente, inequívocamente consciente.

No hay prisa, no soy impaciente, pues de otro modo impediré que el evento llegue a verificarse. Sobre todo, no debo permitir que la mente se inmiscuya en esta posibilidad concienical, pues esto produciría la inmediata clausura del canal.

Debo únicamente tener la tranquila consciencia de que *comprenderé* y conoceré cada vez que me disponga con la justa actitud: calma, confianza, seguridad en la justa tarea que se está cumpliendo, siempre abierto y atento a acoger lo que pueda llegar.

No hemos dicho que deba llegar en ese mismo momento. Puede ocurrir después, en el curso de la jornada, a condición de que yo me acuerde siempre de mantener el canal abierto y la mente dispuesta para la escucha: he lanzado una petición, he activado un mecanismo, y tengo la firme convicción de que, inevitablemente, la comprensión llegará.

Pensemos aún: la *comprensión es un pasaje de conciencia*. Este pasaje hay que experimentarlo de modo efectivo. Si el pasaje no se ha producido, yo no comprendo la implicación energética de esta palabra y del concepto (en este caso, el propio término comprensión). Cuando se produzca, comprenderé. Y entonces sabré también por qué esta comprensión no puede ser de la mente.

Procurando únicamente mantener esta actitud interior, bien atento a no permitir que la mente charle, haga hipótesis o imagine, podemos detenernos ahora y retomarlo mañana desde este punto, para una ulterior profundización en la búsqueda.

Si lo consideramos oportuno, si nos parece que no lo hemos hecho con suficiente empeño, podemos reiniciar desde el principio con mayor disposición y empeño, porque

es verdaderamente posible llegar a la comprensión con una búsqueda tan sencilla como ésta.

Proseguiremos ahora tratando de penetrar mejor en el significado real de nuestro objeto: la comprensión.

Establezcamos las mismas condiciones de concentrada atención, de identificación concienical con nuestro término –comprensión–, excluyendo completamente a la mente concreta, que permanece en posición de calmada espera.

Como apoyo a nuestro ejercicio, podemos dar una definición conceptual del término: «comprender significa prender-con, tomar-con, tomar consigo, incorporar, integrar, vivir algo. Entender intelectualmente es muy distinto que comprender. Donde se produce la comprensión, se desvela la verdad. La comprensión pertenece al corazón-esencia, mientras que entender es la condición de la mente-vehículo»¹.

«Fusionar con uno mismo» no significa sino esto: debe tener lugar en mí un cierto pasaje de conciencia. En ese momento, en el preciso momento preciso en que tenga lugar ese pasaje, yo me habré fusionado con el objeto. Lo conoceré *energéticamente*, desde el interior. En ese momento, ya no leeré “comprensión”, sino que *seré comprensión*.

No se trata de un pensamiento: es un evento que debe realizarse. Debo experimentarlo dentro de mi conciencia, y ese evento será el “efectivo conocimiento-realización”.

Detengámonos en estas palabras. Podemos también volver a leerlas, pero sin que intervenga la mente. Permitámonos que se hundan en nuestra conciencia.

¹ Del comentario de Ráphael al *Vivekacūḍamaḍi*, de Śaṅkara, *sūtra* 250. Āśram Vidyā España, Madrid.

Hay algo que debe ocurrir. Cuando ocurra, sabré qué significa comprender, porque lo habré *realizado*.

Me dispongo en tranquila atención durante algunos minutos, para dar lugar a que la energía concluya su trabajo, y luego permanezco en constante atención durante toda la jornada, siempre atento a lo que pueda suceder, manteniendo abierta la comunicación; he hecho una petición, la respuesta *no puede sino llegar*.

Comprender el concepto de *proyección* significa que el buscador experimenta en sí ese pasaje de conciencia –tras haber efectuado una búsqueda como ésta–, a propósito del significado de *proyección*.

Comprender el concepto de *discriminación*, de *síntesis*, de *identificación*, y así sucesivamente, significa que, al término de la búsqueda, el pasaje se ha producido a propósito de cada uno de estos *objetos*.

Y así será para cualquier otra palabra, concepto o enseñanza. En cada caso debe producirse el correspondiente pasaje de conciencia.

Éste es el significado de *comprender*. Si el pasaje no ocurre, significa que no hemos *comprendido*, incluso aunque estemos en situación de escribir un ponderoso volumen sobre un argumento dado. *Comprender* no tiene nada que ver ni con las nociones, ni con la memoria, ni con la cultura, ni con la inteligencia. *Comprender* es un hecho que sucede en el interior de nuestra conciencia. Es una fusión energética entre el sujeto y el objeto. Y es así que, comprendiendo una verdad, somos esa verdad.

Quien aprende a comprender y aplica así a cada cosa el proceso de la comprensión, comienza a realizarse. La realización más alta no es sino la comprensión integral.

En el silencio interior, meditemos:

«En ti brilla el eterno *ātman*, el Testigo universal, inmanente en el intelecto. Rechazando los pensamientos, contempla este *ātman* –distinto a lo no-real– y *compréndelo* como tú mismo»¹.

¹ Śaṅkara, *Vivekacūḍamaṇi*, 380. Cit.

EL DISCÍPULO Y EL YO

Un joven impulsado por su propia *vocación* a inscribirse en la facultad de medicina no lo hace porque padece una enfermedad y, con este acto, espera a eliminarla. Sus motivaciones son más inteligentes y más elevadas y su visión más amplia. Podemos decir que quien estudia medicina por vocación lleva a la escuela el futuro médico que hay en él, y no el pequeño sí mismo con los problemas y demandas de su corta edad.

Si un empleado advierte la necesidad de una alta especialización, buscará conseguirla. Pongamos que se trata de una especialización propia de los directivos de su sector. Ese empleado, con enorme sacrificio –como frecuentemente ocurre– irá allá donde la pueda obtener, pero no llevará consigo sus problemas como empleado. Lo que le interesa es especializarse, elevarse, para poder resolver desde un nivel superior los problemas de categorías enteras. Ocupándose activamente de los problemas del mundo más amplio en el que quiere entrar, él puede ver desde una perspectiva diversa e, incluso, olvida sus problemas personales.

Una simple ama de casa, entregada por un tiempo a hijos y nietos, se encuentra finalmente con suficiente tiempo disponible para dedicarse a una materia de su profundo interés, por ejemplo, la arqueología, interés que siempre quedó sin cumplirse. Esta mujer, que ha tenido que esperar a su

edad madura para ocuparse finalmente de lo que le interesa, no puede ciertamente esperar que su profesor le consuele por el dolor de su viudedad o por el desamor de sus hijos, ni irá a llorar a su hombro porque su nuera no le entiende. A él le preguntará por cuestiones arqueológicas. No es una viuda, una madre, una nuera llorona quien se inscribe en la universidad; es la arqueóloga que, con coraje, hace cuanto necesita para desvelarse en aquella mujer.

Hemos puesto tres ejemplos poco extraordinarios, distintos entre ellos, pero con un único denominador común: el desapego de la propia condición contingente para obtener el acceso a una condición superior.

En ninguno de los tres casos se trata de la individualidad de hoy, sino de la futura entidad que apremia para ser dada a luz. No tenemos a un estudiante, a un empleado, a un ama de casa, sino que en realidad tenemos a un médico, a un directivo, a una arqueóloga, que comienzan a eliminar desde la entidad completa del mañana la superestructura que hoy les aprisiona.

Si queremos iniciar un camino espiritual, deberemos adoptar este mismo esquema y seguirlo *conscientemente*. El estudiante, el empleado, la mujer, pueden no tener plena conciencia, pero esto no se le permite a quien sigue un camino espiritual. Nosotros debemos conocer lo que hacemos, saber cuál es en nosotros la Entidad del mañana que apremia para ser dada a luz y fijar la mirada sobre esta Entidad sin permitir que el pequeño yo de hoy se cuele para quedarse al frente. Debemos circunscribir el campo del yo y mantenerlo bien distinto y apartado del campo del *ātman*.

La nota fundamental que los tres ejemplos tienen en común es el profundo y vital interés por la nueva actividad.

Cuando hay un interés vital, una necesidad impelente de conocimiento, todo lo demás queda subordinado a su consecución. No es el ingeniero, el empleado, el profesor, la costurera, no es el hombre o la mujer en nosotros quien quiere aprender, conocer, actuar, sino que es el Realizado del mañana quien apremia en nosotros para ser descubierto. Desvelar, lo sabemos, significa liberarse de los velos, de las cubiertas, de las superestructuras; el Conocimiento nos conduce paso a paso a esta efectiva, real, obra de desvelamiento.

Antes de acceder al Conocimiento, nosotros no sabemos quiénes somos ni dónde estamos. Hoy somos pasiones por alguien o por algo, mañana somos aversión o dolor por algún otro objeto o incluso por el mismo. Somos, una y otra vez, insatisfacción, alegría, expectativa, dolor, duda, miedo. Pero mi verdadero sí mismo, aquella centella divina que es mi verdadero Yo, ¿cuál de estos es? ¿Es posible que Yo sea, cada vez, alguna de estas cosas?

¿Qué soy, dónde estoy, quién soy Yo?

De no tener la justa actitud, estas preguntas pueden permanecer sin respuesta por un tiempo más o menos largo incluso para aquellos que ya se han embarcado en el conocimiento y en el *yoga*. En efecto, la situación parece además complicarse porque nuevos planteamientos se añaden a los viejos, surgen dudas, se es arrastrado en direcciones opuestas, preso de la insatisfacción.

La insatisfacción es inevitable cuando nos acercamos al Conocimiento con un perspectiva errónea, buscando sólo un remedio a los males propios, o bien un oído complaciente

en el que volcar nuestros problemas privados, o quizá una especie de espejo mágico en el que confiar nuestra propia imagen para verla circunfusa de aquella aureola que estamos convencidos que tenemos. Desde el punto de vista realizador, la situación no es diversa cuando sustituimos el egoísmo individual por un egoísmo más amplio, las quejas individuales por la injusticia social, por ejemplo, o por la violencia rampante, la corrupción, etc., cosas sobre las que nos encanta pontificar, desdeñar, discutir, escuchándonos a hablar complacidos.

No se trata de condenar todo esto. Todos somos o hemos sido así. Se trata sólo de mirar desde una nueva perspectiva.

Aunque el Conocimiento excluye las nociones, existen sin embargo algunas nociones que, inicialmente, es bueno aprender y *comprender*. Si *yoga* significa unión, esto quiere decir que existen dos cosas a unir, una dualidad a resolver: el yo (el “sentido del yo” o *ahamkāra*) y el *ātman*. Es una dualidad que debemos reconocer si queremos ver el sendero por el que caminamos.

Nuestros problemas, nuestros sufrimientos, nuestros males, nuestros vicios y virtudes, pertenecen todos al yo. El *ātman* no tiene ningún problema, ningún sufrimiento, ninguna enfermedad. El *ātman* es plenitud, paz, conocimiento.

Con esta medida es posible hacer una primera e indispensable discriminación, que en este punto es aún simplemente intelectual. Podemos usarla como una especie de mapa de carreteras para saber dónde nos encontramos. Si la duda nos aferra, si caminamos cegados por la ignorancia y somos momentáneamente incapaces de comprender un

dato, acudamos a esta discriminación, suficiente para cambiar nuestra perspectiva y permitimos atender serenamente el momento en el que podremos comprender.

Se puede decir que entre el sentido del yo y el *ātman* hay un *anillo de conjunción*: el aspirante a la realización, el discípulo. Éste es un tiempo, un estado, un trabajo; es el *ātman* aún velado por todos sus envolturas energéticas (*kośa*¹).

Es el aspirante en nosotros el que busca la realización. El yo separador es quien se opone, quien busca todas las excusas y crea toda suerte de coartadas para obstaculizarla, para impedir que el discípulo ponga en práctica lo que poco a poco va conociendo.

Las armas más disimuladas y más frecuentemente usadas por el yo son las mentales. El yo quiere discutir, el yo critica, protesta, el yo es inteligente, sabe muchas cosas y las coloca en primera fila para hacérselo saber a los otros, para rebatir, para contraponerse. Se puede decir que el yo-mente-cuerpo sabe instintivamente cómo jugársela al aspirante que aún ignora sus trampas.

La mente empírica (*manas*), sede del yo, no tiene acceso al plano del Conocimiento. Al plano del Conocimiento sólo

¹Vainas-*kosa* o envolturas que circunscriben al *ātman* *cfr.* *Vivekakūḍamaṇi* de Śaṅkara, traducción y comentarios de Ráphael. Āśram Vidyā España, Madrid. *Cfr.* También *Taittirīya Upaniṣad*, en *Upaniṣad*, de Ráphael. Bompiani, Milano

puede acceder la *buddhi*¹, el “discípulo”², porque la enseñanza es ofrecida y hay que *comprenderla* en términos de energía, no de palabras o de fórmulas conceptuales.

El yo, por tanto, debe permanecer al margen, sin interferir en las cuestiones relativas a la enseñanza. El discípulo deberá asimilar la enseñanza *energéticamente* y proceder a rectificar sus cualidades (*guṇa*), procediendo a disolver aquellos contenidos psicológicos, verdaderos coágulos energéticos, que le han condicionado³ durante tanto tiempo.

Por lo general, al principio esto no puede ocurrir con la necesaria eficacia ni con el justo ritmo. Si los problemas, las demandas y las protestas del yo nos asaltan, y si tenemos la capacidad y la fuerza para conseguir que la enseñanza continúe resonando en nosotros, manteniéndonos abiertos hacia lo alto con fe-confianza, estos problemas gradualmente desaparecen. Si no se consigue reestablecer rápidamente esta justa actitud, se necesitará un periodo más o menos largo de adaptación durante el cual no es posible hacer descender hasta el yo y la mente concreta lo que se ha aprendido.

Es necesario tener confianza y estabilizar un estado de verdadera calma. La dificultad es sólo del yo, recordémoslo,

¹Según el *Vedānta*, la mente, en su total extensión (*antaḥkaraṇa*) tiene cuatro funciones: *buddhi*, *ahaṅkāra*, *citta* y *manas*. Ver *Glossario Sanscrito*, editado por la Associazione Ecoculturale Parmenides, Roma.

²Cfr. Śāṅkara, *Ātmabodha* 1, en “La Esencia del Vedānta”, editorial Kairós, Barcelona.

³Para este *opus* realizador, cfr. *Más allá de la ilusión del yo*, de Ráphael, en particular el capítulo “Solución de los coágulos energéticos”, Āśram Vidyā España, Madrid.

y proviene siempre de una posición errónea de nuestra actitud interior.

Una grave dificultad que puede surgir al inicio, cuando no se tiene claro el significado de individualidad, es el choque que nos asalta cuando somos informados de lo que debemos resolver. Podemos encontrarnos afrontando momentos difíciles y penosos: ¿debo quizá renunciar a mi individualidad? ¿Debo neutralizar mi mente, mi inteligencia, mi intelecto, el bien más precioso del hombre? ¿Debo reducirme al estado de estupidez? Así, sucede que, después de tormentosas alternativas, caemos en una pasiva resignación y, sintiéndonos como corderos llevados al sacrificio, desgarrados por sentimientos contradictorios, asentimos sin saber exactamente a qué. Comienza entonces un largo periodo de dudas, de luchas en muchos frentes, incluida la enseñanza, a la que, inconscientemente, nos resistimos con todas nuestras fuerzas.

Es bueno tratar de evitar ese dramático error que deriva de la ausencia de la justa comprensión. Recurrimos, así, a una representación imaginativa de nuestra situación interior.

La individualidad, se ha dicho, es la región, digámoslo así, de la cual el Espíritu se retira para permitirle al hombre ser el rey. En virtud de este mandato, el hombre debía gobernarse hasta el día en que el verdadero Gobernador¹ tomase de nuevo las riendas: y es esto lo que, en definitiva, debe ocurrir cuando nos aproximamos al Sendero. Durante todo el tiempo en que el gobierno le ha sido entregado, el

¹ El *jīvātman*, el auriga descrito por Platón en el *Fedro*, página 246 y siguientes.

hombre ha hecho en esta región lo que ha querido, pero bajo el imperio de las cualidades-*guṇa*.

Dentro de él había permanecido siempre el Gobernador, pero inactivo. Sólo un hilo sutil lo ligaba al hombre y, a través de aquel hilo, el hombre extraía de Él la energía divina necesaria para su vida y sus empresas.

El hombre ha sido grande durante siglos, tanto en el bien como en el mal. Haciendo el mal, ha llevado esa energía divina a vibraciones muy bajas y densas, recubriendo cada vez con nuevas proyecciones-velos al *jīva* dormido.

Haciendo el bien, ha tratado de usar mejor esa Energía, pero el *ātman* estaba ya pesadamente velado y al hombre le ha sido fácil perderse del todo: él está convencido de ser él la divinidad, de ser él el bueno, el justo, el valeroso, el sabio. Ha seguido utilizando esa Energía, pero ahora, lleno de sí mismo, está convencido de ser él la fuente, el creador, el productor. Ha nutrido, ensalzado, magnificado, al propio yo hasta el punto en que se ha convertido en el mayor velo, en la más pesada superposición del *ātman*.

Ya sea colectiva o individualmente, nos hemos creado una individualidad artificial, parásita, basada en el yo, que se coloca delante del *ātman* e, ignorándolo, dice: yo he trabajado, yo he combatido, yo he descubierto, yo he curado, yo he creado.

Adentrarse en el Sendero significa tratar de retornar por el camino recorrido en el error, eliminando poco a poco todas las superposiciones que en el pasado hemos puesto sobre el Sí-mismo-*ātman*; es necesario redimensionar esa individualidad parásita y usurpadora eliminando superestructuras, como se quitan las incrustaciones de tierra de un

objeto precioso recién excavado hasta adquirir de nuevo nuestra dimensión de luz.

La obra de desmantelamiento, de eliminación de las superestructuras, debe ser hecha, precisamente, sobre la individualidad parásita.

Cuando pensamos: yo soy bueno, yo soy justo, yo soy inteligente, yo soy generoso... estamos en la *individualidad*.

Cuando pensamos o decimos: yo quiero conseguir una posición, yo quiero ser rico, yo quiero ser respetado, yo quiero someterme, yo no acepto consejos, yo estoy preparado para dar consejos, yo quiero esto, yo no quiero esto... estamos en la individualidad.

Cuando tratamos de alcanzar una meta, de realizar bellos gestos, de obtener un éxito o la aprobación de otros; cuando tenemos reacciones humanas frente a una acusación, una injusticia, una ofensa; cuando nos rebelamos frente al mal, cuando deseamos el bien y la paz, por extraño que pueda parecernos a primera vista, estamos en la individualidad. No merece la pena continuar porque se puede decir, en síntesis, que sea lo que sea lo que hagamos (o dejemos de hacer) estamos en la individualidad, por el simple hecho de que todo ello es llevado a cabo (o no) por el yo: es decir, en lugar de dejar fluir libremente aquella Energía, oponemos las barreras del yo mediante el empleo errado de la misma.

Naturalmente, no es que debemos renunciar a todas estas cosas. Más aún, aunque por el momento pueda parecer una paradoja, es necesario decir que debemos precisamente tratar de llegar a cumplir todas, pero desde una posición *conciencial* de “observadores” desprendidos.

Muchas veces todo esto no es comprendido porque el término “neutralizar” puede ser erróneamente interpretado, causando perplejidad. Pero esto significa sólo tomar conciencia de la realidad, colocarse en el punto de vista del *ātman*, adquirir la justa perspectiva, cumpliendo el necesario trabajo de rectificación de los *guṇa*-cualidades.

Tenemos entonces un yo empírico, que se ha creído absoluto durante mucho tiempo, y un *ātman*.

Tenemos una individualidad parasitaria –lo que significa un uso equivocado de las energías superiores– y una conciencia universal. Saliendo de la individualidad no se permanece sin “personalidad”, como a menudo se teme; simplemente, poco a poco salimos de lo particular para transferirnos a lo universal. Cuando la obra sea completada, no existirá ya división alguna entre el *ātman* y su instrumento psicofísico.

Nadie puede acercarse al *yoga* o a la metafísica con una intención realizadora si el discípulo en él no está en situación de despertar.

Entre el discípulo que se revela y el yo no puede haber unidad de intención, sino contraposición, conflicto. El discípulo llama y atrae en una determinada dirección, el yo resiste y arrastra en la dirección opuesta. Cada uno de nosotros debe tratar de conciliar por su propio pie estas dos posiciones operando la primera discriminación *efectiva*: aquello que quiere continuar es el discípulo en mí; quien se opone es el yo.

Por tanto, se debe intervenir activamente con una decisión: aquello que quiere seguir es el discípulo en mí; debo mantener al yo, al menos mientras dure la enseñanza y el estudio, al margen de todo esto. En fin, se debe establecer un

programa: me dedicaré a la enseñanza y poco a poco aprenderé a dialogar con el yo, transformándolo en un aliado.

Si al menos comprendiésemos claramente esta actitud, si la pudiéramos aceptar también racionalmente, como aceptamos el proceso implícito en una ecuación o en una fórmula, no nos supondría ningún drama, ningún conflicto, ninguna “escisión”, tan sólo una progresiva y serena adaptación dinámica y creativa a los nuevos horizontes que la enseñanza puede abrirnos.

Si se es capaz de cumplir estos primeros actos aclaratorios, el discípulo queda libre. No tendrá al yo, que lo ahoga y lo sofoca, colgado al cuello. Él deberá aprender muchas cosas, realizar mucho trabajo.

Las palabras serán para el discípulo el primer obstáculo a superar. En la enseñanza, las palabras son sólo pretextos para el transporte de energías. Ya no tiene, o no sólo, el significado que conocemos; hay en ellas un significado oculto que hay que comprender, preludio de efectivos pasajes de conciencia.

La mente ególatra, la mente distintiva, no tiene los medios para hacerlo. Si la sorprendemos en esta tentativa, recordemos rápidamente que el yo se está entrometiendo y apresurémonos a detenerla: así podemos evitarnos muchos conflictos.

Comprender el sentido oculto y efectuar estos pasajes de conciencia es el deber del intelecto-*buddhi*, «esa facultad que todos poseemos, pero que pocos usamos»¹. Ésta es el puente entre lo particular y lo universal.

¹ Plotino, Eneadas.

El discípulo deberá tener la habilidad de conquistar la colaboración de su pequeño yo para comenzar y reactivar desde abajo esa parte atrofiada de la sustancia mental que le impide usar el instrumento de la *buddhi*. Para realizar este trabajo, es indispensable una justa actitud concienzosa.

Lo que todavía no se comprende suscita, inevitablemente, ciertas reacciones; y las críticas, las interpretaciones analíticas, el separatismo, el orgullo, impiden completamente tal comprensión.

Es lógico y natural que en el nivel de la individualidad tengamos dudas, incertidumbre e incompreensión, dado que aquella no sabe hacer nada diferente. Si dejamos que esta falta de completitud invada el tiempo de la enseñanza, quedaremos automáticamente fuera, pero esto depende sólo de nosotros.

Es necesario “deponer”, al menos durante este tiempo, el propio yo cargado de problemas para poder estar disponibles para la enseñanza. Lo importante es *hacerlo*, incluso si al comienzo puede parecer que no somos capaces. Hacerlo siempre, habitualmente. Orientar la conciencia a este resultado.

Y portar con nosotros el conocimiento aprendido. En la calle, en casa, trabajando, estudiando; en cualquier situación, tener presente que se nos ha transmitido alguna cosa, y esperar. Mantener un silencio interno, sin dispersar las energías y retornando interiormente a esa posición de receptividad. Automáticamente, poco a poco o, acaso, de improviso, el canal se abre.

Veremos entonces la “luz” descender a nuestra mente. Acojamos el descenso en consciente silencio y tendremos

cada vez más abundante Luz del verdadero Conocimiento, tanto más abundante cuanto mayor sea el silencio que sepamos obtener del yo.

COMPRENDER LA MENTE

El placer de pensar

Si, por ejemplo, la mente piensa en un mal físico que puede afectar al individuo, es porque al yo le *gusta* pensarlo.

El yo encuentra gozo también en pensar en el mal, en el sufrimiento, no importa si es en relación consigo mismo o con los demás.

No deberíamos estremecernos por esto, sino, con valor, reconocer que todo lo que la mente piensa, lo piensa porque le gusta pensarlo.

En lugar de rechazar este hecho, o maravillarse por el descubrimiento, podemos encontrar en ello el factor unificador de la dualidad atracción-repulsión.

Yo pienso en algo que me gusta y mi mente se apega a ese pensamiento porque le gusta lo que piensa.

Yo pienso en algo que me repele (y si intento apartar ese pensamiento no hago sino producir más pensamiento) y mi mente se apega a ese pensamiento porque, de por sí, le gusta pensar.

Es la conciencia, y no la mente, la que rechaza el pensamiento desagradable, reprimiéndolo, cohibiéndolo o evadiéndose de él.

Es indiferente para la mente que el objeto sea atractivo o repugnante, pues a la mente le *gusta* pensar, sea cual sea el tema. A la mente le encanta el movimiento del pensamiento.

En consecuencia, no tenemos ya que resolver una dualidad atracción-repulsión, sino sólo el *placer* de pensar.

La dualidad se ha resuelto en una cualidad. No nos queda, pues, sino resolver la *cualidad*.

La cualidad es movimiento; es una extensión del punto centro. La conciencia puede ser retirada de esa extensión. El punto centro puede retirarse de todas las extensiones, reabsorbiéndose en sí mismo, en su propia dimensión “sin movimiento”.

La cualidad es movimiento; el movimiento es *rajas*. El *rajas* que no somos capaces de contener es un rayo errante en nuestra especialidad psíquica que explota repetidamente, causando conflicto y dolor.

El *rajas* que, desde el centro, podemos empuñar dirigiéndolo, es un rayo que fulmina la imperfección.

Cuando no se piensa, el *mantra* es ese rayo.

El yo, para sentirse vivo, necesita sentir que la mente se mueve, que lo lleva de acá para allá. Por ello, si la mente se detiene, aunque sea por un instante, el yo siente que se muere. Si se detiene de verdad, muere de verdad.

Para la mente, moverse *no* es una necesidad vital, como lo es, sin embargo, para el yo. La mente tiene en sí la posibilidad virtual de permanecer inmóvil. No lo hace porque, debido a su asociación con el yo, se ha acostumbrado al movimiento. No obstante, a menudo lo hace fuera de

la *sadhana*. En momentos de intensa concentración, de tener que tomar una decisión, de peligro, la mente utiliza espontáneamente esta posibilidad; permanece inmóvil. Porque ella tiene esta posibilidad, pero no acostumbra a utilizarla.

Por el contrario, está acostumbrada al movimiento incesante, continuado, bajo la presión del yo, pero cuando el yo, de un modo u otro, comienza a morir y la mente permanece un poco a solas, le queda la costumbre al movimiento.

Se produce entonces esa hiperactividad mental, incluso sin contenidos verdaderos, esa agitación en el vacío, que no es sino onanismo psíquico, automatismo mecánico.

Para el yo, la inmovilidad es muerte, así como para el agua su desecación es muerte. Donde se deseca el agua, el agua en cuanto tal ha muerto. El movimiento es ciego, no tiene ética ni estética ni discernimiento. Se escabulle, zigzaguea, muele en lo «bello» y en lo «feo», en lo «bueno» y en lo «malo», sin hacer distinciones. Lo vemos, por ejemplo, en el agua que se precipita por un dique que cede. Con todo, lo que arrolla no es el agua en sí. Lo que arrolla no está necesariamente relacionado con el agua, pues el agua y la acción de arrollar están separadas. Si estuviesen unidas, cualquier agua lo arrollaría todo. Pero existe mucha agua en el planeta que jamás ha arrollado nada. El agua puede existir sin que exista el acto de arrollar.

En cambio, el fuego y el calor están inseparablemente unidos. No existe fuego desprovisto de calor, no existe fuego que no arda, que no queme o que no produzca un efecto

análogo. El calor es consustancial al fuego; arder o quemar son inseparables del fuego.

No es lo mismo para el agua y el movimiento de arrollar. Lo que arrolla es el movimiento. Y se sirve del agua como a menudo se sirve del aire, por ejemplo. O como siempre se sirve de la mente del hombre. Por tanto, el agua es sólo un medio.

El movimiento, al carecer de ética y de discernimiento, puede indiferentemente arrollar continentes enteros o mecer a un niño. Por tanto, el movimiento-yo utiliza la mente para pensar, de la misma forma en que utiliza el agua o el aire para arrollar. Y no olvidemos que también el pensar es arrollar.

Para el yo el movimiento es vida. Placer o dolor, para él es indiferente, con tal de que haya movimiento. Pero el movimiento es pensamiento y el pensamiento es potencia. Lo malo que el yo piensa lo crea, y ello se manifiesta concretamente en nuestra propia espacialidad.

En suma, nosotros pensamos porque nos *gusta* pensar. En el proceso de pensar, la conciencia oscurecida, ofuscada, no tiene parte activa.

Pensamos en lo bueno, en lo poético, en lo sublime, no porque nos gusten, sino porque nos gusta pensar.

Pensamos en lo negativo, en lo malo, en el dolor, porque nos gusta pensar, no porque dichos objetos de hecho nos gusten.

La conciencia en vías de des-velación sigue siendo lacerada por el movimiento. Sabe que pensar significa convertirse en ese objeto, seguir su suerte, ser atropellado

por el devenir y, sin embargo, *se desecha a sí misma* en el movimiento mental.

Cuando llega a concluir “yo se, con seguridad, que existe una realidad y que lo único que tengo que hacer es ser esa realidad, sin embargo, sigo siendo atropellada por el placer de pensar en lo no real”, este reconocimiento significa que ya ha recorrido un buen trecho.

Parar la mente

Mientras no salgamos del devenir, tenemos que seguir sus leyes. Para poder sucesivamente unificar, primero tenemos que conseguir algunas separaciones. Pero éstas, en realidad, no son verdaderas separaciones, propiamente dichas, sino un ordenado reagrupamiento de lo que está esparcido en una confusión caótica.

Entonces, para comenzar a comprender qué pasa en nuestra mente, dividamos en dos partes su actividad.

Por un lado, tenemos los contenidos psíquicos propiamente dichos, conglomerados energéticos cristalizados en las indefinidas formas de egoísmo, altruismo, aidez, munificencia, orgullo, ira, sumisión, autoritarismo, autoconmiseración, y así sucesivamente.

Introduciendo en estos amasijos cristalizados una vibración armónica podemos, en cierta medida, transmutarlos, es decir, de pesados bloques de hielo podemos transformarlos en, al menos, densos amasijos de nubes. Aún oscurecidas, pero un poco meno pesadas.

Es entonces cuando comenzamos a darnos cuenta de la segunda *actividad* de nuestra mente, que además es la fundamental, aquella sin la cual ni siquiera los contenidos hubiesen podido formarse. Esta *actividad* ha de ser comprendida, reconocida por aquello que realmente es, si no queremos ser presas del desánimo.

Esta actividad es el *movimiento* puro y simple, el movimiento en sí. Podemos haber resuelto muchos contenidos, sin embargo nos encontramos en la incapacidad de gobernar la mente, en la imposibilidad de conseguir el silencio, el no-movimiento. Experimentamos el abatimiento de Arjuna, que considera la mente imposible de domar, como imposible es domar el viento.

La analogía es perfecta, el mismo movimiento está en el viento y en el yo-mente.

Quien detiene la mente también detiene el viento.

Ningún contenido hubiese podido formarse y establecerse en nuestra psique si el yo no fuese connatural a esta espantosa motilidad.

Podemos, entonces, encontrarnos en esta situación: mientras antes podíamos ser arrastrados por instintos, sentimientos y emociones—energías diversas y contrastantes—y lacerados por el conflicto, ahora, aún eliminada la presión de los contenidos, observamos que el conflicto no está eliminado: nos encontramos en conflicto con la propia sustancia mental.

Este conflicto se deriva de muchos errores, el mayor de los cuales es éste: la no comprensión de la naturaleza de

la mente. Y esto es otro contenido, el más grande de todos: la ignorancia. *Āvidyā*.

La ignorancia es un auténtico tejido energético, un velo que envuelve la conciencia. Este velo puede ser desgarrado, consumido; se puede eliminar un pequeño trozo cada vez y sustituirlo por el Conocimiento. Todo lo que *reconocemos reconocer* es Conocimiento que sustituye a un pequeño trozo de ignorancia.

Para llevar a cabo este proceso no debemos pensar en cosas difíciles o complicadas, sino detenernos en su expresión más sencilla. Por ejemplo: “yo sé que el yo es no-*ātman*”. Esto es conocimiento. Pero el yo debe saber que es conocimiento y que ahora ocupa el lugar que la ignorancia que, hasta ayer, envolvía esta cuestión.

“Yo sé que si una técnica se practica constantemente, desintegra un contenido”. “Yo sé que, poniendo en marcha una causa, el efecto no puede sino producirse”. “Yo sé que la Realidad *es*, y que yo puedo vivirla, pero mi mente todavía está apegada a lo no-Real”.

Todo esto es conocimiento. Pero nosotros debemos *reconocerlo* como conocimiento y observar cómo toma su justo lugar en nuestra propia espacialidad: allí donde hay conocimiento –por pequeño que sea– ocupa su justo lugar y la ignorancia correspondiente desaparece.

Debemos ser conscientes de que conocemos.

En el caso de la hiperactividad de la mente, basta con que nos demos cuenta de la correspondencia que ésta representa, y que cada cual ha de llegar a ver por su cuenta.

Imaginemos que somos el aire. En cuanto aire, estamos abrumados, oprimidos por enormes amasijos de nubes que amenazan con temporales. El conflicto entre estos amasijos es inevitable y se manifiesta en tormentas, truenos o rayos, y nosotros, en tanto que aire, somos atormentados, lacerados por estos conflictos. Anhelamos liberarnos, volver a ser aire puro, limpio, sereno.

Pero cuando el aire logra liberarse y elimina los conflictos que existían entre las propias, y entre él mismo y las nubes, pues bien, en ese momento descubre que todavía no está libre porque el viento lo atormenta.

Entonces el aire podría no comprender y decir: pero cómo, he eliminado esos enormes contenidos, esos fragores tempestuosos, ahora soy transparente, estoy limpio, debería estar en paz, unido conmigo mismo y, sin embargo, no lo estoy. Sigo fragmentado, agitado, dividido en muchas corrientes. ¿Por qué?

Así es exactamente como sucede con nuestra mente. El viento es esa hiperactividad mental que nos atormenta y nos produce nuevos conflictos. Nos sorprendemos repitiendo palabras, pensamientos e imágenes que no nos interesan en absoluto. Descubrimos con consternación que si experimentamos un momento de calma, de silencio, la mente se pone en marcha para buscar un pensamiento, cualquiera que sea, con tal de moverse. Pues bien, no debemos abatirnos por esto. Esa no es sino una mala costumbre que le ha quedado como consecuencia de su larga asociación con el yo.

Sobre todo no debemos contraponernos a este movimiento con la fuerza, pues esto sólo aumentaría el movimiento. No debemos reprimir la mente, como tampoco se nos ocurriría reprimir el temblor de un hombre que tiene frío atándolo con una cuerda.

Sólo hay que comprender, es decir, conocer: no se trata de fracaso, incapacidad o estupidez, como a veces podemos pensar. Sólo se trata del hecho de que, a causa de su larga identificación con el yo, la mente encuentra placer en el movimiento, sea cual sea el sentido y la dirección que tome, con o sin objeto, mientras sea movimiento.

Cuando seamos capaces de reconocer que esta hiperactividad se corresponde con una simple costumbre mental equivocada, será suficiente con que, cada vez que nos encontremos implicados en este movimiento, echemos una simple mirada de reconocimiento: «¡Ah!, sí, se trata de esto».

Esto es todo. El movimiento se detiene con una simple mirada del Conocedor.

Pero ha de ser el Conocedor, no un yo asustado y abatido, inseguro o impaciente.

Nos daremos cuenta de que podemos detener ese movimiento cada vez que lo miremos. Esto ya es mucho. Llegar a detenerlo definitivamente es sólo cuestión de tiempo.

Retirarse de las extensiones

Tengo una mente.

Esta mente se mueve.

¿Por qué se mueve la mente?

Es un motor activado por un combustible. Si falta el combustible, el motor se detiene.

El combustible son los contenidos –*rajas* condensado, es decir, *tamas*– que producen estímulos ponen a la mente en movimiento.

¿Qué es la mente, esta parte de la *Prakṛti* universal?

Es el medio mediante el cual puede expresarse el movimiento.

El movimiento de la mente, activado por el combustible denso, reclama automáticamente el combustible más fluido, *rajas*-conciencia.

Toda esta conciencia absorbida por la mente es conciencia que el devenir sustrae al ser.

Si el estímulo es exterior, nada cambia: ella hace que nuestros contenidos convibren, estos a su vez ponen en movimiento a la mente y la mente absorbe la conciencia: es siempre el mismo proceso

Es necesario vaciar el depósito del *rajas* condensado (*tamas*). A este vaciado se le llama purificación.

Cada condensación gira alrededor de la conciencia, presentándose cíclicamente para activar el motor de la mente. Si la conciencia no se concede a la atracción que la absorbe, puede eliminar las condensaciones que giran a su alrededor,

sustituyéndolas con sustancia virgen. Tal sustitución es llamada transmutación.

Cada condensación es una extensión de la conciencia central, que de tal movimiento extensivo, proyectivo, es capturada, aprisionada y oscurecida.

La conciencia aprisionada puede, estimulada por la conciencia libre, retirarse automáticamente de toda extensión: todo lo que antes era una prisión vuelve a ser no-*ātman*.

No hay que *hacer* nada: sólo observar con la *consciencia*, con el ojo del Conocedor.

Rajas penetra en *Prakṛti* y produce la multiplicidad.

Yo poseo una parte de la *Prakṛti* cósmica, medio de expresión del *rajas-tamas* cósmico.

Yo, tú, el árbol, el mar, la estrella, todo lo que existe es una extensión del Punto *Īśvara*. Extensión consciente, deliberada, preconcebida. Geometría polar perfecta, *independiente* respecto de la aparente multiplicidad, polarmente una con el Punto centro en todo instante de la circunferencia.

Yo, tú, el árbol, el mar, la estrella y todo lo existente dentro de esa circunferencia somos Vida.

La Vida es la rueda de *Īśvara*. Al no haber diferencia alguna entre cada punto de la circunferencia y el punto *Īśvara*, la Vida es *Īśvara*.

El ser, extensión del Punto de *Īśvara*, permanece por un instante en equilibrio suspendido, perfecto, sobre el filo de la navaja entre la Vida y la forma: es el momento de la

primera elección. Y de inmediato elige proyectar indefinidas extensiones, indefinidos brazos, repitiendo el acto del Primer Extensor.

Pero, a diferencia de éstos, precipita hasta el fondo toda extensión, todo brazo.

El ser, extensión del Punto de *Īśvara*, crea su propia rueda, que no es ya la rueda de *Īśvara*, sino la rueda del devenir, y se precipita al infinito, a lo largo de sus innumerables rayos.

Durante largo tiempo gira además por el cerco, perdiendo incluso el ilusorio y falso centro de su rueda individual.

Eliminando el combustible condensado, la mente se vuelve más transparente y sutil.

Pero no se detiene. Todavía se mueve. Sigue modificándose.

¿Qué es lo que se modifica? El combustible fluido, *rajas* en arrolladora bajada que transporta la conciencia.

La mente se detiene, en paz, cuando no hay ya contenidos, y *rajas*, en lugar de dejar que se precipite, es dominado, por tanto, deliberadamente dirigido.

Por el simple hecho de ser dominado y conscientemente dirigido, *rajas* se convierte en *sattva*.

Al no haber ya combustible sólido (esto es, los contenidos) ni combustible fluido (esto es, *rajas* incontrolado), no existe ya estímulo capaz de modificar la mente.

Un estímulo exterior puede modificar la mente mientras sea posible la asociación, la conexión con el movimiento. Cuando ya no quedan contenidos, el pasado se elimina, esto es, lo conocido.

Al no existir ya pasado, careciendo de lo conocido, la mente no puede hacer ya conexiones, asociaciones, comparaciones. Es la propia mente quien no desea hacerlas, y se orienta espontáneamente hacia su interior:

A medida que la mente va quedando estabilizada en la condición subjetiva, también va abandonando los deseos exteriores, y cuando nos liberamos del último deseo, no hay ya obstáculos para la realización del ātman¹.

El cuerpo mental se establece en el Sí-mismo interior cuando el punto se reabsorbe retirándose de las propias extensiones.

Cuando la conciencia de un individuo apunta completamente a la esencia absoluta del Fuego, la mente abandona todos sus contenidos perceptivos finitos; la misma

¹ *Vivekacūḍāmaṇi* de Śaṅkara, *sūtra* 276. Traducción del sánscrito y comentarios de Ráphael. Āśram Vidyā España.

*actividad energética vital se reorienta y el ser subsiste, por sí solo, en su luz de gloria*¹.

Entonces la mente es comprendida. El ser vuelve al punto y al momento de perfecto equilibrio, al borde imperceptible de la Vida: el momento de la elección.

De forma consciente, rectifica la acción. Conoce. Habiendo conocido, renuncia a todas las extensiones. Habiendo renunciado, ve la verdadera no existencia del sueño del *samsara*.

¹ *La Triple Vía del Fuego*, de Ráphael. Sección II, capítulo *Superposición, sūtra* 13, página 174. Āśram Vidyā España.

EL DESEO

«Aspiración del ánimo a poseer un objeto», así lo define el diccionario. En efecto, el deseo es la causa *del arranque*, es el empuje hacia algo. Nuestra mente responde a las vibraciones que el objeto mana y se mueve hacia él atraída magnéticamente.

Hemos experimentado a menudo cómo el deseo de algo produce nuestra fusión total con el objeto deseado.

¿Qué ha sucedido? La conciencia individualizada se ha descentrado. ¿Como ha llegado a suceder todo esto? Un impulso eléctrico (una nota) proveniente del objeto ha sido captado por la conciencia que ha dado respuesta a tal impulso. ¿Por qué ha respondido? Porque la conciencia contenía en sí misma aquella particular nota, estaba sintonizada con la misma vibración; como un aparato de radio sintonizado con determinadas longitudes de onda.

Aquellos contenidos, aquellas notas latentes en nosotros, no son más que deseos no satisfechos o, en cualquier caso, no trascendidos. Es la búsqueda de su extinción lo que empuja a la conciencia hacia el objeto y, por consiguiente, inevitablemente hacia el conflicto. “El deseo es el origen del dolor”, dice el Buddha.

El yo sufre. ¿Por qué sufre? El yo, de por sí irreal, fluctuante, relativo, que nace y muere, busca la plenitud en objetos de su misma naturaleza, esto es, irreales y

contingentes. El yo, en continua identificación ora con éste, ora con aquel objeto, jamás encontrará el estado de verdadera paz, aquel estado de quien se siente satisfecho por no desear nada más. Él está en continuo movimiento y mutación: primero, atraído irresistiblemente por un objeto y, por tanto, en estado de sufrimiento porque aún no lo posee; después –pasado el aturdimiento producido por la posesión temporal de esa cosa tan deseada–, aún más profundamente hundido en el conflicto y en busca de nuevos objetos a experimentar.

¿Qué sentido tiene, entonces, secundar el deseo si ya desde el inicio sabemos que ello no resolverá nuestro problema? Sería mejor, quizás, intentar salir verdadera y definitivamente de esta condición de aspiración incesante, de conflictos sin fin –aunque procuren intervalos de ebriedad momentánea– y conseguir aquella plenitud y equilibrio que se hallan mas allá del campo transitorio, fenoménico, dual –verdadera plenitud porque vive de sí mismo y no de los objetos externos, porque es centrípeta y no centrífuga, porque *es* y no deviene.

El deseo, el apego, conciernen siempre a la forma, al fenómeno. Ya se trate de un diamante o de una áspera piedra, la realidad que le subyace es una y siempre idéntica a sí misma.

La energía diferenciada se circunscribe en una forma, la cual sigue su parábola y regresa para ser energía indiferenciada. “Nada se crea ni se destruye, todo se transforma”.

Si el individuo consiguiera hacer propia esta ley, si lograra incorporarla en su conciencia, muchos de sus dolores cesarían. La muerte de un ser querido, por ejemplo, no lo

entristecería más, porque él vería la muerte en todo lo que existe. La forma nace y muere, pero quien ha dado lugar a la forma, quien la ha hecho posible, es la esencia que le subyace, que jamás muere porque nunca ha nacido. «Esto que yo veo no es más que la corteza». «Lo más importante es invisible...», «...sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos»¹. .

El deseo es producido por la ignorancia-*avidyā*. Es la *avidyā* lo que hace considerar absoluto aquello que, por el contrario, es solamente relativo, lo que lleva a desear y a querer retener algo que, por su naturaleza, es evanescente.

Adán, impelido por el deseo, come el fruto del árbol de la dualidad y automáticamente se precipita en el dolor y en el conflicto. Ulises, impulsado por el deseo, ultrapasa las columnas de Hércules y perece. Narciso, enamorado de su propia imagen, incitado por el deseo de conquistarla, es decir, por el deseo de poseerla, se inclina demasiado sobre las aguas y cae, ahogándose.

Todos estos mitos encierran una única enseñanza. El deseo, que por su propia naturaleza es adquisitivo, impele a lo externo, a la acción, por una necesidad de plenitud innata en el individuo.

Aquella búsqueda debería dirigirse, no a lo externo, a través del deseo, sino a lo interior, a través de la renuncia a los objetos del deseo. El ser humano debe abandonar el vacío e ilusorio mundo fenoménico y volverse al mundo de la esencia que está en su interior, no fuera.

¹ Del cuento *El Principito* de A. de Saint Exupéry

Es por esta razón por lo que morir a uno mismo en tanto que individualidad quiere decir *morir para vivir*. Morir a un mundo de muerte para renacer a la Vida auténtica, real, absoluta.

LECTURAS RECOMENDADAS

Yogadarśana, La Vía Real de la Realización. Traducción del sánscrito y comentarios de Ráphael.

168 páginas. Āśram Vidyā España, diciembre 2006.

Introducción a la edición española

En los últimos años a menudo se ha hablado, oportuna e inoportunamente, de *Yoga*; es más, esta palabra ha sido profanada a un punto tal que hoy en día hasta dudamos de ella, aun cuando, por otra parte, ni siquiera se conoce con exactitud lo que realmente significa.

La palabra *Yoga* deriva de la raíz *yug*, que denota “el acto de subyugar, de someter”; en nuestro caso específico, resolver las turbulencias mentales y físicas de modo que se pueda alcanzar una perfecta *unidad concienical*, más allá de los límites del pensamiento, por ende, más allá de las categorías de tiempo-espacio. Existen desde luego muchos tipos de *Yoga*, desde el *Haṭa* hasta el *Asparśa* metafísico. El que estamos tratando es el *Rājayoga*¹, codificado por Patañjali, el *Yoga* regio (*rāja*) que conduce a la propia reintegración. El *Yoga* no es una religión, como comúnmente

¹ Para los distintos senderos *Yoga*, véase *Esencia y Finalidad del Yoga*, de Ráphael. Āśram Vidyā España..

se entiende este término, sino una ciencia, la ciencia que estudia al ente en su totalidad; también es filosofía porque ofrece una visión de la vida y de la naturaleza del ser. En tanto que ciencia, es de orden experimental, por tanto, eminentemente práctico; en tanto que filosofía, es teoría, y, por consiguiente, consiste en teoría y *praxis*¹.

El *Yoga*, como toda Doctrina tradicional, no trata de convencer a nadie, ni le impone a nadie sus convicciones filosóficas y su *praxis*, sino que vive y se expresa en la dignidad de lo que es. Si algunos tienen de él un concepto erróneo es porque –sobre todo en Occidente– algunos lo han transformado en una mera profesión, en un mercado, en una parodia, degradando lo que es sagrado, aunque se trata, en realidad, de excepciones.

Algunos, además, por mero espíritu de contradicción, son capaces de denigrar lo que no comprenden; otros, emiten juicios por “haberlo oído decir”, aún sin tener noción alguna ni conocimiento directo de la materia; otros más, por *interés* partidario tienen sus razones para denigrarlo; otros, por miedo a lo que es “diferente”, a lo que es nuevo, temiendo la sana investigación –psicológica, filosófica, etc.– huyen y procuran que otros, que se dejan convencer por los mismo motivos, también huyan; otros más, por beatería en todo campo de la actividad humana, y dado que con mucha ingenuidad piensan poseer la verdad absoluta, temen lo que es “diferente”; otros, no tienen ningún tipo de instancia, sólo vegetan y obviamente no pueden admitir que se encamine uno hacia algún tipo de búsqueda; otros viven únicamente

¹ En el sentido griego de acción, conducta.

de instintos-sentimientos- pasiones, y cuando notan que un cierto tipo de búsqueda puede frustrar su propia condición psicológica, la temen, se rebelan y “condenan”; otros, al estar aferrados a su “yo” infantil, se fugan por un instinto de autoconservación.

Los individuos viven en diversos grados de despertar, de desarrollo intelectual y concienical y suele resultarles difícil crear relaciones, no porque sean brutos o groseros, sino porque están sintonizados con longitudes de ondas distintas, porque viven en planos opuestos, en estados vibratorios diferentes. Y esto puede, sin duda alguna, ocurrir en el ámbito del mismo núcleo familiar, entre novios, compañeros y amigos.

¿Qué actitud ha de adoptar, pues, el buscador respecto al mundo social o al “inconsciente colectivo”? Diremos que de extremo comedimiento, posiblemente de silencio; el “inconsciente colectivo” es impulsado por ciertas exclusivas y peculiares *necesidades*: el trabajo para vivir, la familia para no estar solos, la adquisición de objetos materiales, por diversión, por negación de todo tipo de investigación que no esté finalizada a objetos cabalmente materiales. El “inconsciente colectivo” no vive, sino que se «deja vivir» pasivamente; no crea, sino que depende; no piensa, sino que deja que sean los otros los que piensen por él. Es una enorme sedimentación, incrustación, un derecho de creencias; son opiniones, fideísmos, emociones, pasiones, intereses materiales y sensoriales, convicciones que no están soportadas por la razón, asuntos que se van perpetuando desde hace miles de años y que se hallan superpuestos a la inteligencia pura. Otra característica del “inconsciente

colectivo” es que eleva su creencia (*pístis* de Platón), e incluso la simple imaginación (*eikasía*), a verdad absoluta, siendo, por tanto, dogmático, y convirtiendo en objeto de burla a aquellos que piensan de manera distinta, cuando no se les combate. Lo que es nuevo, lo que es distinto, representa una amenaza para el “inconsciente colectivo” (y naturalmente para los entes que se le someten), por lo que él se defiende nerviosamente, a veces hasta con violencia. Psicológicamente se puede decir que son las defensas del “yo”, que se siente asustado y amenazado en sus creencias, en sus opiniones. Salir del propio cauce consolidado no es fácil, ni suele ser para la mayoría.

Al miembro de un núcleo familiar que se diferencia un poco del habitual *ménage* consolidado, puede hasta que se le considere como “anormal”. El “grey” impone determinados comportamientos y quien quiera salir de él debe prestar mucha atención; en la historia de la humanidad siempre ha sido así. Al “diferente”, por lo general, se le mira con sospechas y, cuando es posible, incluso se le neutraliza. Jesús dice: «Para Dios los sabios son locos y los locos son sabios»; y en la propia *Bhagavadgītā* leemos: «Lo que es día para el sabio es noche para el ignorante».

Puede resultar verdaderamente extraño que la mayoría de la gente no aprecie ya la búsqueda, cualquiera que sea, incluso la de la verdad filosófica, espiritual, psicológica, etc., o el vivir conforme a ciertos principios extraños a la opinión común (*doxa*), o el afinamiento de sí mismo; desgraciadamente, esta es la verdad y debemos aceptar esta evidencia.

El hombre siempre depone sus esperanzas en objetos (apariencia) lejanos, en vez de encontrar en el ámbito más próximo lo que es substancialmente verdadero. Dice Píndaro: «La categoría de gente más inepta es la que denigra lo que se halla cercano para dirigirse a lo que se halla distante, dejando que sus esperanzas irrealizables persigan fantasmas».

Por otra parte, el sincero investigador que siente una precisa “vocación” y una auténtica directiva concienical, no puede sino proceder. Traicionar a los demás no es lícito, pero traicionarse a sí mismo es un suicidio.

Lo que acabamos de decir es un mero examen meticoloso de ciertos estados psicológicos, tanto individuales como pertenecientes –según la psicología– al “inconsciente colectivo”, y es así como debemos considerarlo y meditarlo. Por otra parte, no decimos nada nuevo, los filósofos, psicólogos y pedagogos conocen todo esto, nosotros sólo intentamos ponerlo de manifiesto.

¿A quién se dirige esencialmente el *Yoga*? A aquellos que, por experiencia directa, por intuición supraconsciente, por fe en el principio de trascendencia, por madurez concienical, por sed de búsqueda de la verdad, etc., pueden sentir la “llamada” a la comprensión de sí mismo. El *Yoga* es la ciencia del autoconocimiento para ser. El *Yoga* conduce al ente a descubrirse como unidad, mientras que el individuo en general es multiplicidad, dicotomía, conflicto. En su vivir entre pensamiento y acción siempre existen contradicciones, a menudo enfrentamientos; la conciencia se lacera por la inquietud de las energías psicofísicas, causando incluso estados paranoicos y neurosis de naturaleza diversa. El *Rājayoga* colma las escisiones, integra el mundo de la

dualidad abarcando, de golpe, la esfera de lo sensible y de lo inteligible.

Si se sigue con fidelidad y vocación, el *Rājayoga* desvela la Bienaventuranza y la Plenitud de la pura Conciencia, más allá de todo objeto-evento de cualquier orden y grado. Desde el deseo apropiador y egoísta (amor a sí mismo), el *Yoga* de Patañjali conduce al desvelamiento de ese Amor que se dona, que se ofrece a sí mismo; Amor que no es ni debilidad, ni pasividad, ni pasión, sino comprensión sapiente y solar.

Queda otra consideración por hacer: algunos pueden pensar que la Tradición oriental es la única eminentemente práctica, realizadora, más interesada en el Sujeto último que en el objeto formal, que se dirige más a la conciencia que a la mera y simple erudición mental. Pero ello puede resultar muy reductor. Siempre ha habido en Occidente una Tradición iniciática que, para poder ser tal, ha tenido como finalidad la transformación efectiva, práctica y vital del ente.

Aquella antigua, por ejemplo, era una filosofía de orden realizador, transformador; no tenía como finalidad la simple especulación conceptual, sino la realización de un estilo de vida, de un estado de conciencia. La dialéctica filosófica era, y debería ser, un preciso proceso de liberación del Alma de las ilusiones mundanas, de las proyecciones dianoéticas de los múltiples placeres sensoriales, proponiendo una visión del verdadero ser que también es auténtico Bien. Pero, a lo largo del tiempo, con el prevalecer de la concepción materialista y positivista, tal concepción ha ido desvaneciéndose hasta perder la esencia misma del “filosofar para ser”. En esta época moderna, afirmar que se vive, que se experimenta

coherentemente la filosofía de Parménides, Platón o Plotino podría parecer anacrónico, por lo que esos pocos que quieren perpetuar la “visión de la vida” de la Tradición filosófica occidental (Oriente diría: *jñanamārga* = la vía del Conocimiento, aquella que la diosa propone a Parménides) tienen que reunirse en círculos cerrados y calladamente. Por tanto, si bien el *Rājayoga* se basa en una visión filosófica de la vida, es también eminentemente práctico y su contexto operativo se desenvuelve en cinco secuencias que abarcan la totalidad expresiva del ente.

Individualidad samsárica

- Reglas de conducta ética de vida	Preliminar
Purificación de las potencias	1° y 2° medio
- Posturas (<i>āsana</i>) y <i>prāṇāyāma</i>	Físico Pránico
Purificación del cuerpo pránico y vital	3° y 4° medio
- Abstracción respecto de los sentidos	Esfera emotiva
La Conciencia comienza a reentrar en sí	5° medio
- Reeduación psíquica y control de la mente	Esfera mental
	6° y 7° medio

Puruṣa inmortal

- Unidad aislada	Conciencia- <i>puruṣa</i>
<i>Samādhi</i>	(Trascendencia del estado individualizado)

COLECCIÓN ĀŚRAM VIDYĀ ESPAÑA

- 1) *Más allá de la duda*, de Ráphael
- 2) *Yogadarśana**, de Patañjali.
- 3) *¿Qué Democracia? Referencias para un buen gobierno*, de Ráphael
- 4) *Tat Tvam Asi – Tú eres Eso*, de Ráphael
- 5) *La Triple Vía del Fuego*, de Ráphael
- 6) *Esencia y Finalidad del Yoga. Las vías iniciáticas a la trascendencia*, de Ráphael
- 7) *Pensamiento hindú y Mística carmelitana*, de Svāmi Siddheśvarānanda.
- 8) *Fuego de Ascesis*, de Ráphael
- 9) *Más allá de la ilusión del yo. Síntesis de un proceso realizador*, de Ráphael.
- 10) *Fuego de despertar. Unidad en el Cambio*, de Ráphael.
- 11) *Bhagavadgītā. El Canto del Beato**.
- 12) *Vivekacūḍāmaṇi**, de Śaṅkara.

* Traducidos del sánscrito y comentados por Ráphael

Próximos títulos:

Fuego de Filósofos, de Ráphael.

El Sendero de la No-dualidad, de Ráphael.

Vidyā es un periódico cuyos artículos se relacionan con la *Philosophia perennis* o Metafísica tradicional y cuyo propósito es esencialmente *realizativo*.

La palabra sánscrita *vidyā* significa conocimiento, sabiduría, ciencia, y deriva de la raíz *vid* (de ahí *Veda*) que significa ver-saber. *Vidyā* está también asociada a la palabra *satya*, de la raíz *sat*: “ser”; por tanto, “conocer es ser”; esto representa el principio mismo de la Metafísica tradicional que es exclusivamente “Conocimiento de Identidad”.

Así, *sophía*, *gnosis*, en su acepción tradicional, significan Conocimiento-sabiduría y ésta es catártica, lleva a la *metánoia*, a una transformación profunda de la conciencia, es decir, a una modificación en el pensar, sentir y vivir. Bajo esta perspectiva, es necesario poner mucha atención porque hay una clara distinción entre Conocimiento y erudición.

Si *vidyā-gnosis-sophía* es puro conocimiento, entonces existe un sólo Conocimiento, una sola Filosofía, una sola Metafísica, así como un solo Arte y una sola Literatura.

Los libros editados por Āśram Vidyā España (véase página anterior) pueden encontrarse en las librerías. No obstante, si, por cualquier causa, esto no fuera posible, pueden ser solicitados a:

E-mail: vidya@asramvidya.es